

LOS PERSONAJES EN LA CASA DE BERNARDA ALBA

La casa de Bernarda Alba, como bien indica el subtítulo de la obra, es un “drama de mujeres en los pueblos de España”. Es decir, es la tragedia que le toca sufrir a cualquier mujer de las que vivían en cualquier pueblo de la geografía española en los momentos previos a la guerra civil (recordemos que el manuscrito de la obra está fechado en el viernes 19 de junio de 1936).

Y, por tanto, el protagonismo corre a cargo de un grupo de mujeres a cuyo frente se encuentra la dueña de la casa, tras la muerte del marido, la cual ejerce su férrea tiranía sobre las demás mujeres que viven o trabajan en su casa, en la casa de Bernarda.

Para reflejar mejor el carácter de cada una de las protagonistas, Federico García Lorca elige unos nombres propios cargados de un profundo simbolismo. Veámoslo:

Bernarda: su nombre significa “con fuerza de oso”. Además, el apellido Alba hace alusión a su permanente preocupación por la limpieza, tanto material -la relativa a la casa- como espiritual: aquella que se refiere a la honra de la familia.

Angustias: alusivo a su edad, a su fealdad y a su deseo de casarse.

Magdalena: se asocia con la idea de ternura y llanto, por el recuerdo de María Magdalena.

Amelia: significa “sin miel, sin dulzura”.

Martirio: arrastra la cruz de su enfermedad, su fealdad y su amargura.

Adela: “de naturaleza noble”.

Poncia: su nombre se relaciona con la figura de Poncio Pilatos, pues ella es la gobernanta de la casa y, además, cuando surge alguna situación problemática, adopta la postura de lavarse las manos.

Prudencia: en ella, a sus cincuenta años, se funden la sabiduría y la sensatez propias de la mujer madura.

María Josefa: lleva los dos nombres de los padres de Jesucristo. Tal vez por ello, en el tercer acto, afirma que quiere ir a “los ramos del Portal de Belén”.

Una de las más conocidas clasificaciones de los personajes de *La casa de Bernarda Alba* es aquella que divide a los mismos en tres grandes grupos:

1.- **Personajes visibles.** Son aquellos que aparecen en escena y figuran en la lista de “dramatis personae” que figura al frente de la obra. Éstos, a su vez se subdividen en:

1.1.- **Protagonistas.** Aquellos cuya actuación influye en el desarrollo de los hechos: Bernarda, Poncia, Angustias, Magdalena, Amelia, Martirio, Adela y María Josefa.

1.2.- **Secundarios.** Sólo aparecen de forma esporádica o tienen unas intervenciones muy puntuales en la obra: Criada, Mendiga, Prudencia, Muchacha, y las Mujeres 1ª, 2ª, 3ª y 4ª.

2.- **Personajes invisibles.** No aparecen en escena, pero influyen en la acción dramática, bien de un modo decisivo -como es el caso de Pepe el Romano-, o bien de una forma menos relevante: la hija de la Librada y los segadores.

3.- **Personajes aludidos.** Tampoco aparecen en escena y sólo se hace mención a ellos por algún motivo concreto: Antonio María Benavides (el difunto marido de Bernarda, que tenía relaciones carnales con la Criada); Enrique Humanes (el que fuera pretendiente de Martirio); Paca la Roseta; Adelaida; la mujer de las lentejuelas; don Arturo, el notario, y el hombre de los encajes.

Veamos, ahora, los rasgos más característicos de cada uno de los principales personajes:

BERNARDA (60 años). Es autoritaria, dominante, violenta, intransigente, clasista e hipócrita. Porque ella representa la represión, la

autoridad y el poder, así como los hábitos representativos de la sociedad española más tradicional. De ahí que se la presente como “mandona”, “dominante”, y “tirana de todos los que la rodean”, además de ir siempre acompañada de su bastón, símbolo inequívoco de mando.

De hecho, ella parece haber anulado a su marido, el difunto Antonio María Benavides, quien quizá sólo le haya servido para darle cuatro hijas. Tanto es así, que ella es la que siempre toma las decisiones, y él se tuvo que refugiar en las caricias de la criada. De ahí que, al principio de la obra, se sugiera la idea de que, al morir, se ganó un merecido descanso.

Incluso su primer marido, el innominado padre de Angustias, sólo le vivió unos pocos años. El tiempo suficiente como para haberle dejado una hija y la fortuna que ésta heredará.

Además, un detalle curioso del poder que ella ha ejercido siempre en la casa puede ser el hecho de su dominio genético sobre los dos maridos, ya que ninguno de los dos ha sido capaz de darle un hijo varón.

Su condición dominante es la que ha hecho que sólo haya dado a luz mujeres, sobre las que ella ejerce su dominio de madre orgullosa y autoritaria, papel éste que, en la teoría y en la práctica, solía corresponder más a la figura paterna que a la materna. Su idea de la maternidad queda reflejada en la afirmación de que *“Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga”*.

Permanentemente, reafirma su autoridad y sus amenazas a las hijas: *“Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación”*. *“No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo. ¡Hasta que salga de esta casa con los pies adelante mandaré en lo mío y en lo vuestro”*.

Además de sentirse orgullosa como mujer autoritaria, Bernarda se siente orgullosa de pertenecer a una burguesía campesina relativamente acomodada y piensa que nadie de ese pueblo es merecedor de tener relaciones con sus hijas: *“No hay a cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase”*. Pero, como le advierte Poncia, ella y sus hijas son ricas allí, pero en otro lugar ya no lo serían.

Sus vecinos la temen, no sólo por su carácter agresivo, sino también porque conoce las historias y habladurías de cada una de las familias del lugar.

Vive permanentemente obsesionada por las apariencias, por el “qué dirán”, y por eso trata de mantener la decencia y la honra de su familia: *“Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entendéis?”*.

Esa obsesión por las apariencias la lleva a mantener encerrada bajo llave a su madre y, cuando ésta consigue eludir el encierro, Bernarda se preocupa de que los vecinos no sepan su estado: *“...que no se acerque al pozo... desde aquel sitio las vecinas pueden verla desde su ventana”*.

Y, también, el miedo a las apariencias es el que le hace reprimir los deseos amorosos y sexuales de sus hijas -lo que desencadenará el conflicto final-, y el que la lleva a afirmar a voz en grito que Adela ha muerto virgen: *“¡Mi hija ha muerto virgen! Llévala a su cuarto y vestirla como una doncella. ¡Nadie diga nada!”*.

Esa preocupación por las apariencias es la que explica, también, su obsesión por el silencio y por la limpieza y la imposición a las hijas de un luto de ocho años que habrá que guardar en los más mínimos detalles: *“¿Es este el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre”*.

En palabras de Brenda Frazier, Bernarda es una dama burguesa que quiere presumir y aparentar más de lo que es:

“De todo lo que más pueden ser ella y las suyas, tienen que ser las más piadosas, las más decentes, las más apreciadas; y no hay fin. Lo triste es que ella no se semeja en nada a lo que dice que es y les pide a las hijas más de lo que se exige a sí misma.”¹

LAS HIJAS. Todas viven marcadas por una lucha interior entre el deseo de libertad, representado por el mundo exterior, y la reclusión que les ha impuesto la madre. Igualmente, todas viven obsesionadas por el erotismo y por el deseo de encontrar un hombre que las libere de la esclavitud de la casa y les haga disfrutar del placer.

De las cinco hijas, las cuatro mayores están mucho más dominadas por el influjo de la madre, aceptan con mayor resignación el poder de ésta y, por

¹ Brenda Frazier, *La mujer en el teatro de Federico García Lorca*, Madrid, Playor, 1973, pág. 71.

tanto, manifiestan una personalidad más débil y quebradiza. En este sentido, afirma Brenda Frazier:

“Cada una de ellas lleva una muerte por dentro que se manifiesta exteriormente mediante el suicidio de Adela, que ve sus deseos contrariados, pero el dominio de Bernarda continúa.” (72)

Angustias (39 años)

Es hija del primer matrimonio de Bernarda y heredera de una considerable fortuna, que es la que atrae a Pepe el Romano, pese a ser una mujer fea y sin atractivos.

Angustias es consciente de que es mejor ser rica que hermosa. “*Más vale onza en el arca que ojos negros en la cara*”, les dice a sus hermanas, las cuales envidian su situación.

Para ella el proyectado matrimonio con Pepe significa su pronta salida del infierno que es su casa y no una ilusión o una pasión especial por ese hombre que, por otra parte, es su primer novio y, por tanto, suscita en ella unos sentimientos algo contradictorios: “*Debía estar contenta y no lo estoy... Muchas veces miro a Pepe con mucha fijeza y se me borra a través de los hierros, como si lo tapara una nube de polvo de las que levantan los rebaños*”.

Magdalena (30 años)

Es la única hija que llora en el funeral de su padre y tiene una natural inclinación hacia el bien y la sumisión (“*Cada clase tiene que hacer lo suyo*”), aunque ello no impide que, en algún momento, muestre una actitud de rebeldía ante su situación (“*¡Malditas sean las mujeres!*”).

En su natural sinceridad, afirma en voz alta la realidad de su situación y la de sus hermanas (“*Nos pudrimos por el qué dirán*”), acepta con resignación su soltería y reconoce que le hubiera gustado ser un hombre (“*Sé que no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura... Malditas sean las mujeres*”). Y, en alguna ocasión, echa mano de una ironía un tanto sarcástica, como cuando le dice a Angustias: “*Desde luego, hay que reconocer que lo mejor que has tenido siempre es el talle y la delicadeza*”.

Amelia (27 años)

Es la más simple de las hermanas y, tal vez por ser la mediana, es la más desdibujada de todas. Su actitud es la de una persona resignada, sumisa y temerosa de la autoridad materna, así como la de alguien un tanto inocente que, por ello mismo, parece temer a los hombres: “*A mí me daría no sé qué... ¡A mí me da vergüenza de estas cosas...!*” No obstante, no pierde de vista la realidad que conlleva su condición de mujer: “*Nacer mujer es el mayor castigo*”.

Tiene una estrecha relación con Martirio, de cuya salud se preocupa, estando pendiente de sus dolores. Ellas dos suelen mostrarse más cariño y atenciones que las demás.

Martirio (24 años)

Es una muchacha enferma y deforme, que encarna el sufrimiento y la envidia. Es la única que pudo haberse casado, aunque su madre se opuso al matrimonio con Enrique Humanes porque no era de su clase.

Vive reprimida por el deseo sexual, aunque afirma tener miedo a los hombres: “*Es preferible no ver a un hombre nunca. Desde niña les tuve miedo... siempre tuve miedo de crecer por temor de encontrarme de pronto abrazada por ellos*”.

No obstante, tiene celos de Angustias (a ésta le roba el retrato de Pepe el Romano) y de Adela, a la que vigila continuamente y, por eso, descubre sus furtivos encuentros con Pepe, a quien ella también confiesa que ama: (“*¡Sí! Déjame que el pecho se me rompa como una granada de amargura. Le quiero*”).

A medida que va avanzando la obra, Martirio se va llenando de odio, como reconoce Poncia (“*Es un pozo de veneno*”), y apoya los duros juicios de su madre en contra de la hija de la Librada.

Adela (20 años)

Es la más joven, la más hermosa y representa la fuerza de la pasión y del instinto. Por eso se deja arrastrar, con todas las consecuencias, por su amor desenfrenado hacia Pepe el Romano. Su concepto del amor, típicamente lorquiano, representa el enfrentamiento entre realidad e ilusión. Por eso, aun

sabiendo que Pepe será el marido de su hermana Angustias, lucha por conseguir su amor: *“Es inútil tu consejo... por encima de mi madre saltaría para apagar este fuego que tengo levantado por piernas y boca... mirando sus ojos me parece que bebo su sangre lentamente”*.

También representa la rebeldía y del deseo de libertad frente a la dictadura materna. Por eso se atreve a vestirse con un traje verde y a salir al corral a que la vean las gallinas. Además, se enfrenta a la autoridad de Poncia (*“Te he tenido miedo. ¡Pero ya soy más fuerte que tú!”*).

Asume su actitud de rebeldía hasta el final (*“Mi cuerpo será de quien yo quiera”*) (*“Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes”*). El momento simbólico de dicha rebeldía aparece cuando rompe el bastón de Bernarda, afirmando que ya se han acabado las voces de presidio.

Cuando su rebelión fracasa, decide suicidarse. De ese modo, consigue su propósito: liberarse de la opresión y la tiranía.

OTROS PERSONAJES.

Poncia (60 años). Tiene la misma edad que Bernarda, así como una parecida forma de entender la relación hombre-mujer, la preocupación por la opinión de la gente y el concepto de la moral tradicional.

Es la única que tutea a Bernarda y parece tener bastante confianza con ella, a pesar de lo cual ésta le deja muy claro que entre ellas hay una gran diferencia: *“Me sirves y te pago. ¡Nada más!”*. Por ello, en numerosas ocasiones, muestra hacia ella una actitud provocativa e insinuante, no exenta de odio: *“¡Buen descanso ganó su pobre marido!”*.

Al principio, aparece como una mujer trabajadora que se sacrifica sirviendo como un perro a Bernarda, a quien desprecia, para que sus hijos puedan salir adelante: *“...treinta años lavando sus sábanas...; comiendo sus sobras... ladro cuando me lo dicen y muerdo los talones de los que piden limosna cuando ella me azuza; mis hijos trabajan en sus tierras y ya están los dos casados, pero un día me hartaré”*.

Es una mujer que atesora la sabiduría propia de la edad, de la experiencia y de la intuición: *“Las viejas vemos a través de las paredes... si*

Pepe el Romano te gusta, ¿te aguantas! Tu hermana Angustias... es estrecha de cintura, vieja, y con mi conocimiento te digo que se morirá. Entonces Pepe... se casará contigo”.

Interviene en las conversaciones, da consejos y advierte a las hijas de Bernarda, sobre las que también ejerce una cierta autoridad, aunque tampoco les tiene un especial cariño: *“No os tengo ninguna ley”.*

Y, como ocurre con todas las mujeres de la casa -a excepción de Bernarda-, también a ella le gusta hablar de hombres y de sexo, como cuando recuerda la primera vez que su prometido se acercó a la ventana: *“Me corría el sudor por todo el cuerpo... Evaristo se acercó y dijo con voz muy baja: “¡Ven que te tienta!”*

María Josefa (80 años). Es la persona que representa la vejez y la locura. Vive encerrada en un cuarto de la casa y muestra un constante anhelo de libertad (quiere casarse a la orilla del mar). Y, desde el principio, se enfrenta con su hija Bernarda, diciéndole la verdad y defendiendo su deseo de ser esposa y madre.

Pepe el Romano. A pesar de no aparecer en escena, su papel es muy importante en la obra. De él se dice que tiene 25 años, frente a los 39 de Angustias. Está interesado en el dinero de ésta, pero busca el amor y el placer que le proporciona Adela. Aunque en la obra se le presenta con las connotaciones negativas de ruin y de cobarde, también se dice de él que es un gigante o un león.

Parece ser que Federico se inspiró en una persona real llamada Pepe Romilla. Y quizá le pusiera el apodo de Romano, para darle esas connotaciones de gigante, de fuerza y de poder sobre las mujeres que se le atribuyen en la obra.